

SI CHILE PUDO, GUATEMALA TAMBIÉN PUEDE

Lucy Martínez-Mont de Schwank

De acuerdo con la Constitución chilena de 1925, el Presidente es electo por el pueblo y ejerce la presidencia por un período de seis años. Dicho precepto constitucional aseguró la transmisión del mando y el respeto a la voluntad del electorado en forma ininterrumpida desde 1946 hasta 1970. Durante ese período, la primera magistratura fue ocupada por los presidentes González Videla (1946-1952), Ibáñez del Campo (1952-1958), Alessandri Rodríguez (1958-1964) y Frei Montalva (1964-1970).

En 1970, siguiendo la tradición democrática que había imperado durante un cuarto de siglo, el pueblo chileno acudió nuevamente a las urnas. El voto mayoritario fue depositado a favor de Salvador Allende. La voluntad soberana de un pueblo cuya madurez cívica es ejemplo para Latinoamérica había elevado al poder, por la vía democrática, a un gobierno comunista. En muchas capitales del mundo, la victoria de Allende fue aplaudida como el inicio de una nueva era para América Latina. En todas partes, connotados intelectuales auguraban para Chile un futuro de prosperidad y justicia, con la implantación más decidida de las medidas socialistas iniciadas por los gobiernos de Alessandri y Frei.

Durante los siguientes tres años, el gobierno del presidente Allende emprendió el programa de cambios que se consideran necesarios para la implantación de un régimen marxista, tales como: confiscación de empresas, multiplicación de los programas de beneficios «gratuitos», se intensificó la reforma agraria por medio de expropiaciones, se sobreprotegió a la industria chilena por medio de elevadísimos impuestos de importación. La meta, desde luego, era una supuesta redistribución de la riqueza, y una supuesta vida mejor para el pueblo chileno. Ese había sido el ofrecimiento durante la campaña electoral.

Al cabo de tres años, como era de esperarse, se hizo evidente que la promesa no se podría cumplir. La economía chilena estaba desarticulada. Los pobres de Chile eran más pobres que nunca. La clase media ya no lograba obtener los ingresos necesarios para mantener el nivel de vida al que estaba acostumbrada. Los alimentos escaseaban, el desempleo aumentaba, una inflación sin precedentes deterioraba progresivamente el nivel de vida. Había que hacer largas colas para conseguir alimentos, los salarios eran de hambre y el descontento de los trabajadores se traducía en frecuentes huelgas y paros laborales.

En 1973, el pueblo chileno, desesperado, aplaudió el golpe militar encabezado por el general Pinochet. En una nueva prueba de madurez cívica, los chilenos comprendieron que la situación era demasiado grave como para esperar el vencimiento del plazo de seis años fijado por la Constitución. Por medio de un plebiscito, Chile manifestó su adhesión masiva al gobierno de facto, al gobierno no electo, al gobierno hostigado por todos los gobiernos del mundo.

Cuando el nuevo gobierno anunció su política económica, las críticas se hicieron más mordaces. Con el nombre despectivo de los «Chicago Boys», se denunció la conexión intelectual entre los diseñadores de la nueva política económica de Chile y las enseñanzas

«capitalistas» de Milton Friedman y de la Universidad de Chicago. En efecto, en materia económica, los vínculos entre la nueva administración chilena y el capitalismo son coincidentes: el general Pinochet ofrecía encauzar al país hacia la economía de mercado; sin embargo, no hubo un «plan» elaborado desde Chicago para Chile, fueron profesionales chilenos los que presentaron la alternativa.

El principio fue difícil. No es posible rescatar a una nación del caos económico sin imponer sacrificios a sus habitantes. No se puede regresar a la senda de la prosperidad sin dolorosos reajustes. Pero el recuerdo amargo de los años socialistas estaba fresco y el pueblo chileno afrontó el sacrificio con valentía. Hoy, al cabo de ocho años, es obvio que el sacrificio de un pueblo valiente no fue vano: Chile demuestra, como se ha demostrado en otras partes, que el camino más corto y seguro hacia la prosperidad es la libertad económica la economía de mercado.

El crecimiento económico de Chile ha sido de 7% anual durante los últimos cinco años. La inflación, que había llegado a 1,000%, es ahora de 10%. Las exportaciones de productos no tradicionales se duplican cada dos años, atenuando la vulnerabilidad de la economía chilena ante los altibajos del precio mundial del cobre. Las reservas de divisas han alcanzado la suma sin precedentes de US\$ 4,000 millones. La reducción en el gasto público ha liberado recursos para programas de ayuda a los indigentes y ha permitido aligerar la carga impositiva. La corrupción burocrática ha sido eliminada. La evasión fiscal es casi inexistente. La nueva legislación laboral ha atenuado el descontento de los trabajadores, reduciendo al 3.5% de todos los conflictos laborales el recurso de la huelga. La liberación de la tasa de interés y de la paridad internacional de la moneda ha convertido a Chile en un mercado financiero importante.

Para quienes hemos vivido en un mundo que asigna al gobierno el papel de super-resolvedor de problemas sociales, algunas de las medidas adoptadas por el gobierno chileno pueden parecer, quizás, estrañalarias. Tal es el caso del seguro social, otrora monopolio del Estado. Hace poco, el gobierno anunció que los trabajadores chilenos podían escoger entre los servicios que ofrece el gobierno y los contratos que ofrecen diversas entidades privadas. Hoy, el 40% de los trabajadores chilenos ha cancelado su afiliación al seguro social del Estado y se han inscrito en los programas sustitutos ofrecidos por empresas privadas. Cabe anticipar que los programas estatales tendrán que ser mejorados, o desaparecerá el seguro social del Estado, al paso que un número creciente de trabajadores pagará sus cuotas de seguro social a quien mejor los sirve. Porque en esto, como en otros muchos aspectos de su vida cotidiana, el chileno de hoy es libre para escoger.

Hace un par de décadas se puso de moda el «milagro» alemán. Luego, el mundo se maravilló ante el «milagro» de Hong Kong. Hoy, se empieza a hablar del «milagro» chileno. Hay una receta que no falla para alcanzar estos milagros. Se llama Libertad Económica o Economía de Mercado. Dios quiera que, algún día, el mundo pueda extasiarse ante el «milagro» guatemalteco...